



VII

La pequeña iglesia de San Francisco de Sales rebosaba de gente. Todo el París artístico y mundano se había dado cita para asistir al casamiento de Teresa Aufridi con Daniel Mayrault.

Mientras la ceremonia se desarrollaba, entre la pompa de los cantos y los esplendores de las luces, una multitud de invitados que no pudieron penetrar en la nave atestada de asistentes, se paseaba por la acera de la avenida de Villiers, hablando, riendo, criticando, á medida que iban encontrándose, según el humor de los interlocutores: improvisación brillante, murmuradora y ligera, especialidad y gloria de París.

—¡Toma! Allá va Gamelin,—dijo el escultor Massias, hundiendo la mano en su larga barba canosa.—Ya sabéis que ha vuelto á pasear su estatua por el parque de Monceau, sin lograr descubrir el sitio en que produciría buen efecto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

—No es el sitio el que hay que cambiar, es la estatua...

—Hay personas que estropean buenos mármoles, cuando podrían hacer muy buenos hojaldrés...

Gamelin se acercó y todos sus detractores se apresuraron á tenderle la mano:

—¡Hola, amigo! ¿cómo está? ¿Y los trabajos? ¿Siempre en marcha?

—¡Ah! ¡no hay más remedio! Acabo de recibir el encargo de un grupo, para el Palacio Comunal. ¡Siete figuras!... ¡Ah! estoy que no puedo más...

Entre sus colegas se estableció una corriente de frío. Sus caras se alargaban, comidas por la envidia. Augusto Compoin, el cronista de *El Eco*, dijo interrumpiendo el silencio:

—Así, pues, Gamelin, si ese grupo es para el Palacio Comunal no se expone usted á que le hagan pagar daños y perjuicios... por infracción del ornato público.

Todos se sonrieron. Fué una satisfacción general. En áquel momento detúvose un coche ante el pórtico, y una actriz, verde bajo su peinado teñido de rubio, bajó, dirigiendo algunas miradas á su alrededor, y penetró en la iglesia.

—¡Hum! esa pobre Desbons, tiene por la mañana todo el aspecto de su abuela...

—¡Nuestro querido Trélaurier debe sufrir al verla en este ruinoso estado!

—¡Oh! ¡el amor vive de ilusiones! ¡Para él, ella tendrá siempre cincuenta años!

Augusto Compoin se inclinó ante un hombreillo de barba blanca que se unía al grupo:

—¿Es cierto, querido maestro, que la subvención de la Opera va á ser aumentada?

—Así convendría, para poder representar otras obras que las de Wagner ó de Gounod... Fíjese en como están regidos los teatros en Alemania... El Estado ó el soberano se encargan de todos los gastos... Aquí, so pena de arruinarse, los directores de la Opera no pueden montar óperas francesas nuevas. Ni una sola de las obras puestas en escena desde hace treinta años, ha dado dinero... Si queréis poseer arte nacional, tened el valor de pagarlo...

—¿Pero hay alguien que desee tener arte nacional?

—Dicho entre nosotros, no lo creo. No hay un sólo ejemplo de que la prensa haya sostenido francamente una partitura francesa... Basta que la obra sea nueva, y de un compatriota, para que la revienten todos los músicos que tienen entre sus manos el llamado «cetro de la crítica»... Si la obra es una ópera, se la acusa de no ser un drama lírico... Si es un drama lírico la hunden bajo la entera obra de Wagner... Y si la música tiene tendencias wagnerianas, se le echa en cara su falta de personalidad... ¡Hermosa situación la del compositor! ¡Más valdría remendar zapatos!

—¡Oiga! ¿Y la situación del autor dramático?—exclamó Augusto Compoint.—El teatro libre ha matado la obra bien construída, y no ha sabido infiltrar en el público el gusto por la obra inarticulada. De suerte, que los infortunados autores se ven precisados á sucumbir entre los furores de una nueva escuela que silba sin piedad todo cuanto no está escrito bajo las fórmulas de su teatro, y la indiferencia de un público que se burla de la estética, pero exige que le diviertan.

—Vea usted, amigo mío, si puede desenredar ese lío. ¡Los directores se vuelven locos! ¡Los autores imbéciles!

—¡Oh! ¡los autores! ¡Esto les sirve de excusa! Que se tomen la pena de revelar un poco de genio; ¡ya verán ustedes si se comprenderá su estética!

—¡Genio! ¿Todavía piensa usted así? ¿Quién hay que tenga genio?

—¡Los que no ven representadas sus obras! El novelista Juan Breton, que escuchaba, desde pocos momentos antes, aquellos discursos lanzados entre el vaivén de los interlocutores, se inclinó al oído del pintor Vinet que fumaba silenciosamente su cigarrillo:

—Si se tomaran en serio las palabras que acabamos de oír, la conclusión natural del oyente sería que ya no hay habilidad, ni talento, ni éxitos en Francia. Así es como nos acostumbramos á hundirnos nosotros mismos, proporcionando al envidioso extranjero la oca-

sión de despreciarnos. Según ese músico que acabamos de oír, y que es una de las glorias de nuestra escuela, la música está en decadencia; el arte dramático se halla en estado de descomposición, si hay que dar crédito al paradoxal Compoint, y á Nives, y á Ferron que le han secundado y pertenecen á la Academia francesa. Sin embargo, observe los carteles teatrales del mundo entero, incluso los de los anglo-sajones que nos detestan, los de los alemanes que nos envidian y los de los rusos que nos explotan, y no verá usted más que nombres de músicos franceses y títulos de comedias francesas. Somos los grandes proveedores intelectuales del Universo. Nos han podido vencer en los campos de batalla, perjudicarnos en el terreno industrial; pero en el dominio del arte no hemos conocido nunca derrotas. Tenemos rivales, no maestros. Y á creer á todos esos artistas, á todos esos literatos estaríamos agotados, deshechos, perdidos. Aquí está nuestro mayor mal. ¡Es el prurito de ridiculizar, de denigrar sistemáticamente nuestras cualidades francesas!

—Amigo mío—dijo Vinet,—no logrará usted que cambie nuestro carácter nacional. Hay que tomarnos con nuestras cualidades y nuestros defectos. El gallo, es como la alondra. Inquieto y caprichoso como el vuelo del pájaro. Pero cada vez que extiende las alas se eleva hasta lo más alto del cielo y canta. Vea usted lo que acaba de pasar con Mels. Hace

un mes veíase sacrificado, abandonado por la opinión y por el poder. Tratábanle de fósil. Apenas si era bueno para limpiar las paletas de los puntillistas. Ha bastado un incidente muy trivial en el fondo, pero en el que se ha querido ver un drama pasional, para restituirle todo el favor. La señorita Aufridi, que durante algunos años pasaba por su amante, se casa con Mayrault, é inmediatamente la opinión impresionada, el poder conmovido rodean á Mels con toda suerte de consideraciones, como si fuera un mártir. Concédesele, por fin, la decoración del Palacio, que trataban de arrebatarsele contra todo derecho, puesto que el boceto expuesto por él había sido calificado de admirable. Ayer acusábase al maestro de haber traficado con el talento de sus discípulos para apoderarse de un trabajo que hubiera debido darse á un joven. Hoy, casi se lapidaría á Mayrault y á Teresa, porque se aman y son felices sobre las ruinas de la felicidad del viejo Mels. En todo esto hay una cierta incoherencia, pero es muy francés. ¡Siempre la alondra!

—¡Atención! Debe haber principiado el desfile—dijo Breton,—veo que entran.

Prodújose un movimiento hacia la puerta grande de la iglesia. En el fondo, una aureola de luz brillaba en medio de las flores, y algunas ráfagas de música se dilataban hasta la calle. En aquel momento desfilaban por la sacristía todas las notoriedades parisienses

que ocupaban la navé principal y las laterales. Bajo su velo blanco, muy conmovida, sonriendo de alegría, Teresa, entre Mels y Mayrault, estaba de pie dando la mano á todos los amigos que hacían votos por su felicidad. Ténéran, que le había servido de testigo con Mels, conversaba cerca de allí con Celia Bazin. Gery, el abogado eminente, agitando su blanca cabeza, se detuvo, después de haber felicitado á los novios, y reuniendo á Celia y Ténéran con un gesto amistoso:

—¡Esto acabará con un casamiento!

—¡Oh! Ténéran goza de gran autoridad entre las mujeres—dijo Celia.

—Y la señorita Bazin goza de autoridad entre los perros—replicó el crítico. ¡No crean ustedes que compare la fidelidad de esas bestias con la de una mujer!

—Y después, por lo que haríamos—añadió tranquilamente Celia,—ya estamos bien así. La conversación nos basta.

Un joven rubio, muy calvo, se acercó á Celia con aire azorado:

—¡Señorita Bazin! ¿Ha visto usted al secretario del ministro?

—Acaba de pasar.

—¡Dios mío! ¡yo que le estoy atisbando desde que ha empezado la ceremonia!

Y se precipitó á través de los grupos, buscando presurosamente la salida. Celia se echó á reír:

—Ahí va uno que padece la enfermedad del 14 de Julio. ¡O la cinta ó la muerte!

—Y pensar que cuando la alcance larga, la querrá redondá.

—Observe á Mels. ¡Parece que lleva toda una quincallería! Todas las órdenes de Europa se han dado cita en su pecho.

—¿Y usted, Ténéran, no lleva nunca nada en el ojal?

—Podría crucificarme como todos mis compañeros—dijo friamente el crítico,—pero me parece perfectamente inútil. Hago mejor efecto así. Prefiero que me digan, como ha hecho usted ahora: ¿por qué no lleva nada? que: ¿por qué le han dado esto?

El desfile proseguía, y las frentes se inclinaban sonrientes, y las manos se estrechaban con simpatía entre un murmurio de cariñosa frivolidad:

—¡Mis sinceras felicitaciones y mis más fervientes votos!... ¡Mis más fervientes votos y mis sinceras felicitaciones!

Y Teresa, bajo su velo, se inclinaba con el mismo aspecto de dicha, mientras Mels reanimado por el sentimiento de la representación oficial, fustigado por la atención que se concentraba en él, erguía su gallarda figura, y como un viejo caballo de escuadrón, que caracolea en la revista, entre el clamor de las trompetas y el relampagueo de los sables, sostenía su papel con magnífico aparato. El suizo se acercó á los esposos, y con la alabar-



da al hombro, se preparó á abrir la marcha del cortejo á su salida. Los órganos retumbaban bajo las bóvedas, y en la nave, todas las curiosidades excitadas habían detenido á los asistentes. Mels dijo á Mayrault:

—Ahora te toca á ti dar el brazo á Teresa.

Y acompañado por Celia, siguió á los jóvenes que desfilaban por entre las miradas, é iban adelantando lentamente hacia la salida. Delante de él, el velo blanco de Teresa se hinchaba por el movimiento de la marcha. La alabarda del suizo iba marcando con sordos golpes la brillantez sinfónica de los órganos. Y Mels, con la frente hundida, sin fijarse en los que le miraban con simpática curiosidad, se decía: Se va, se va lejos de mí. Y el que camina á su lado me la quita y me la roba. Dentro de una hora se despojará de este traje nupcial, y vestida como todos los días, partirá. Y no la veré más. O si la veo, será perteneciendo á otro. Cada paso que doy me acerco á ese momento tan temido. Y nada de lo que yo pudiera imaginar es capaz de detenerlo.

La intensa claridad de la calle hirió sus ojos. Dos alas de público les conducía al borde de la acera donde les esperaban los coches. Teresa y Mayrault subieron á un cupé. La portezuela se cerró con estrépito y el coche partió. Mels se halló solo.

En el mismo instante y mientras se volvía agitado por sorda angustia, una mano se des-

lizó por su brazo, y la voz amistosa de Ténéran murmuró:

—Ven conmigo.

Mels dirigió un saludo á su alrededor, apretó las manos que le tendían, tuvo aún el valor de sonreír, y conducido por Ténéran subió á un coche y volvió á su casa. Durante el camino no cruzaron una sola palabra, pero la mano de Mels estaba en la de Ténéran. Y el crítico con fraternal afecto se esforzaba en prestar ayuda á su amigo impidiéndole que se hallara en la soledad. Teresa había vuelto ya y estaba haciendo los preparativos para la marcha. Mayrault debía ir á buscarla para conducirla á la estación de Lyon. Se marchaban á Italia.

Ya en el estudio, Mels en traje negro, frente por frente de Ténéran que fumaba su eterno cigarrillo, se dió el supremo gozo de demostrar cierta despreocupación de espíritu. Se había engolfado en una disertación sobre los prerrafaelistas, y cuando Teresa entró vestida de viaje, apenas si se dignó interrumpirse. Había principiado por el Perujino y con frases entusiastas lo elogiaba por haber formado á Rafael:

—¡Aunque sólo hubiera hecho esto, bastaría para su gloria! Sí, no hay duda, produjo obras admirables... pero, sobre todo, hizo á Rafael...

—¡Oh!—dijo dulcemente Ténéran,—pero fué hecho á su vez por Leonardo de Vinci...

Siempre se debe algo á alguien... Y si lo miramos con atención, no siempre los discípulos han superado á los maestros... Tú me hablas, hace un cuarto de hora de Rafael. Ya sabes que Leonardo me gusta tanto como él... Siempre ha habido la manía de aplastar á los maestros con sus discípulos.

Teresa levantó vivamente la cabeza. Mels se puso encarnado y no contestó. Ambos habían comprendido la alusión directa á la cábala montada á favor de Mayrault contra su maestro. Una repentina serenidad pareció que calmaba los nervios de Mels. Acercóse á Teresa y la habló afectuosamente. Hízole algunas recomendaciones para el viaje. Y cuando Mayrault llegó, en el faetón cargado de maletas, Mels le recibió sonriendo, le dió varias cartas de recomendación para algunos amigos influyentes que tenía en Roma, y repitió los consejos:

—Sobre todo no toméis habitación en los barrios bajos... Es allí, donde se pegan las fiebres... Así que lleguéis id á visitar á Hebert... Os guiará en todo. Conoce la ciudad mejor que un romano... Es un admirable artista, y cuando quiere, la amabilidad en persona... Decidle que no le olvido... ¡Ah! ya es hora de que os marchéis, id hijos míos...

Mayrault, muy emocionado quiso dirigir á su maestro una frase de agradecimiento. Pero se embrolló. Teresa mejor secundada por su penetración femenina, se colgó á su cuello.

Mels la besó afectuosamente, y acompañado por Ténéran les condujo hasta el coche. Dió él mismo las señas de la estación al cochero, y de pie en la puerta de su casa, miró como se alejaban los que para sus desengañados ojos encarnaban el porvenir. Meneó la cabeza apenas el ómnibus había doblado la esquina, y mirando á su amigo, dijo:

—Y ahora, entremos. Se ha consumado el sacrificio.

Desde aquel día, Mels se puso á trabajar. No salía casi nunca de su taller, y se dedicaba con tenacidad juvenil, al gran cuadro de la decoración del Palacio. No dejaba entrar á nadie, ni siquiera á Ténéran, en la espaciosa pieza donde trabajaba. Cuando éste le pedía noticias de su obra, eludía la contestación.

—Cuando esté más adelantada te avisaré... Deseo que tengas una impresión completa...

De Teresa y de Mayrault ni una palabra. Sin embargo, habían escrito. Ténéran lo supo por la vieja Prudencia. Pero Mels se había hecho el sordo á sus alusiones. Las únicas noticias precisas las supo el crítico por Celia. Después de una corta estancia en Florencia, habían llegado á Roma, y recorrían con entusiasta admiración las maravillas de la ciudad eterna. Al principio sufrieron una decepción al encontrar la capital italiana cruzada por escandalosos tranvías y modernizada con monumentos de estilo vulgarísimo. Pero aun quedaban muchas obras maestras que hacían ol-

vidar la profanación de la apropiación gubernativa. Pasaban el día en el Vaticano, y eran dichosos.

Cuando Ténéran y Celia conversaban á solas, después de las noticias frescas que la joven daba al crítico, no podían ocultarse sus temores respecto á la extraordinaria reserva que Mels se imponía, no pronunciando jamás los nombres de Teresa y de Mayrault. Hubieran preferido que el maestro se lamentara ó se encolerizase. Su mutismo era para ellos, una prueba de que no olvidaba y de que la pena persistía latente en su corazón.

Ni uno ni otro se atrevían á provocar una explicación, por temor de que fuese poco satisfactoria. Observaban á Mels con inquietud, y notaban un cambio en él. Su noble semblante se demacraba y tomaba un tinte sombrío, al par que se oscurecían sus ojos. Había adelgazado y se encorvaba un poco. No obstante, afectaba un humor perfectamente tranquilo, no se quejaba nunca y no salía de su taller. Con las admirables cualidades de ejecución que se le conocían, el trabajo debía estar muy adelantado. Ténéran decía á Celia:

—Cualquier día nos va á dar una sorpresa, enseñándonos la tela completamente cubierta de color y espléndida de impresión... Pues no se puede negar que Mels es un gran colorista, y teniendo por base de su trabajo el boceto que conocemos, nos dará una obra de primer orden.

Pero las semanas transcurrían. Meis encerrado todo el día en el taller, no salía más que para ir á algunas pocas casas amigas, ó para pasearse á pie, con Ténéran, fumando y conversando. Iban en derechura ante sí, ganaban la puerta Bineau y se internaban en el bosque de Bolonia. La soledad de la espesura no les asustaba. Al ver pasar á ambos paseantes, los rateros emboscados á la vuelta de un camino para desbalijar á un transeunte, no chistaban siquiera. El aspecto huraño de Ténéran y la alta estatura de Mels les servían de pasaporte.

Deteníanse algunas veces en el restaurant Chino antes de regresar, y descansaban un instante oyendo á los tziganos como rascaban sus valsés. Con frecuencia encontraban personas conocidas. Mels procuraba evitarlas, ó cortaba la conversación con gran habilidad, cuando amenazaban molerle á preguntas.

Sin embargo, un día no pudo sustraerse á las demostraciones afectuosas de la condesa de Terrenoire, que estaba terminando allí una velada que había empezado con unos amigos en el casino de la Gran Jatte. El buen maestro, obligado á la fuerza á sentarse á la mesa de aquellos desocupados, tuvo que soportar el asalto de admiraciones de la noble mujer. Acababa de recibir del fabricante de marcos el retrato que Teresa le había entregado antes de partir, y deseaba consultar con Mels respecto al sitio más á propósito de su salón para que aquella obra maestra tuviera buena luz.

Para ello era preciso que el ilustre maestro fuera á comer á su casa. Y viendo que Mels la escuchaba con poca voluntad de obedecer á sus deseos, la condesa suplicó á Ténéran que acompañara á su amigo.

—Se ha vuelto tan huraño, que si no lo lleva usted, no cumplirá su palabra... Hace siglos que no ha estado en casa... Su única excusa es la de que no va á ninguna parte... Y le sorprende en el pabellón Chino... No vale, pues, decir que vive retirado. Además, ¿qué motivos tiene para retirarse?

Ténéran vió con terror la transición preparatoria de las indirectas respecto al cambio que la marcha de la señorita Aufridi había obrado en las costumbres de Mels. Así es que se apresuró á cortar por lo sano aquellos discursos insidiosamente calculados.

—Crea usted, señora, que Mels no la favorece menos que á sus amigos. No hace excepción para nadie. Yo no le veo más que en la calle, y tengo prohibida la entrada en el taller. Allí es donde se está elaborando la gran obra. No piensa más que en su ejecución y todo lo subordina á su término. Hasta entonces, por más que nos pese, no volveremos á gozar de él. Pero si en su lugar desea usted saber mi opinión respecto al sitio que debe ocupar su retrato, iré con sumo gusto á elegirlo en compañía de usted.

La condesa, sonriendo glacialmente, dió las gracias á Ténéran por su celo. Pero con

pocas palabras, agriamente proferidas, indicó que sólo Mels poseía un conocimiento exacto del talento de Teresa para decidir con seguridad en qué condiciones debía presentarse su obra:

—Por otra parte, ella no tardará ya en volver; así es que esperaré su regreso para tomar una resolución definitiva.

Al anuncio de la vuelta de Teresa, se colorearon súbitamente las mejillas de Mels y sus ojos miraron con menos indiferencia á la condesa. Esta quiso sacar partido:

—¿Le sorprende á usted?—dijo.

—De ninguna manera,—replicó el pintor con calma—todas las semanas recibo noticias de esos muchachos...

Con exquisita ferocidad, ella contestó:

—¡Cómo le miman!

Mels se sonrió, y sin el más mínimo acento de amargura, dijo:

—¡Ya les toca!

Y observando que la condesa se quedaba estupefacta al ver su completo dominio, se levantó y se despidió. No había aún llegado á la barrera del Bosque cuando dió suelta á la cólera que le embargaba, revelando á Ténéran, por fin, el verdadero estado de su ánimo.

—¡Miserable mujer! ¿Qué le habré hecho para que me atormente con sus dardos envenenados? ¿Qué culpa tengo si Mayrault la desdeñó y si está celosa de Teresa? ¿Y he de

ser yo quién pague las consecuencias de su cólera? ¡Como si ya no tuviera bastante con mi propia desdicha!

Y con una vehemencia que no alcanzaba á contener, rugiendo de dolor, exasperado porque se sentía impotente para callar, exclamó entre la obscuridad de la noche:

—¿Y no podré arrancarme del corazón esta pena que nada puede calmar? ¿Deberé chocar, á cada instante de mi vida, con un recuerdo que me tortura? Hago todo lo posible para ponerme al abrigo de los malvados y de las chanzas: me encierro en la soledad, y espero la noche para salir. Y nada sirve, todo me recuerda lo que quiero olvidar. ¿Has oído lo que ha dicho esa infame mujer? ¡vuelven! ¿Podía yo imaginar que no volvieran? No obstante, su alejamiento ha sido un consuelo para mí. La distancia atenuaba mi sentimiento. Pero ya vuelven á París. A cada instante toparé con ellos. ¿Podré soportar este suplicio?

—¿Y de dónde sacas que no puedas soportarlo—dijo Ténéran con gravedad,—si has logrado ya ponerte tan por encima de las debilidades humanas, é imponerte la energía, la fortaleza, la resignación en los momentos en que parecía más imposible que lo lograras? Hace dos meses que estás admirable, que te vigilo con cariño, que Celia y yo analizamos tus sensaciones, sorprendiéndonos tu paciencia y tu firmeza. Y de pronto, cuando te ha-

llas próximo al triunfo,—¿y lo hay mayor que imponerse á sí mismo el cumplimiento del deber?—vas á huir y á desmentirte... ¿De qué proviene esta súbita debilidad? ¡De una picadura de una mundana desocupada, de una chanza de mujer celosa? ¡Levanta la cabeza y no pienses más en ello!

—Yo no soy un héroe como tú crees. Durante estos dos meses, no he cesado un instante de gemir, de lamentarme...

—En la soledad, ocultando tu dolor, royéndote el corazón en silencio. ¡No sabes ser estoico!... Júzgate mejor...

—Estoy agotado, no puedo más. No necesitaba más que una palabra que provocara mi desesperación... ¡Ah! mi viejo amigo, tú no puedes comprenderme... ¡Aun no lo sabes todo!

Al oír estas palabras pronunciadas con profundo desaliento, Ténéran miró á Mels con inquietud. Escudriñó su dolorosa fisonomía, y en las líneas contraídas de su semblante, en el fondo de sus hundidos ojos, descubrió las huellas de una espantosa agonía moral, de un modo tan evidente, que quedó espantado. Y le preguntó con dulzura:

—Pero ¿hay algo más de lo que ya sé, y de lo que tan sinceramente te compadezco?

—Ven. Vas á verlo.

Llamó á un coche que pasaba; subió á él con su amigo y se hizo conducir á la avenida de Villiers. Por entre la casa silenciosa y dor-

mida guió á Ténéran hasta el taller, en donde, desde que se marchó Teresa no había dejado entrar á nadie. Abrió la puerta. Por la gran claraboya semi velada por la cortina, entraba una confusa claridad que dejaba entrever en el fondo, á lo ancho, sobre una espaciosa tarima, la tela en que trabajaba Mels desde hacía dos meses. Un gran cortinaje la ocultaba á la curiosidad de los criados.

Mels dió vuelta al conmutador eléctrico y la inmensa pieza quedó brillantemente iluminada. De pie, delante de su cuadro, el pintor miraba al privilegiado visitante, con amarga sonrisa. Y exclamó con acento en que se traslucía la emoción:

—¿Querías ver mi obra, verdad? ¿Esperabas con impaciencia la hora en que te permitiría verla? Pues bien ¡mírala!...

Y corrió la cortina con mano nerviosa, y ante los ojos estupefactos de Ténéran apareció la tela, cruzada de informes pinceladas, cubierta de manchas de color, que el pintor había rascado con la cuchilla. Descubriase un trabajo inmenso, destruído á medida que se realizaba, vasta tela de penélope en la que las tentativas de la vispera quedaban anuladas por las tentativas del día siguiente.

En medio de las infinitas superposiciones de tonos vagos é indecisos, destacábase únicamente una figura de mujer, que formaba el centro de la composición y cuya cabeza radiante de juventud y rebosando gracia, ilu-